

EN LA ARCADIA SOVIÉTICA*

En general, en la novela, la juventud actúa enloquecidamente; algo en la propia forma de la novela nos advierte oscuramente de que las cosas no saldrán bien: de hecho, está en la naturaleza misma de las cosas que nunca pueden salir bien. Es refrescante, por lo tanto, dar con *Abundancia roja*, en la que los jóvenes, con sus esperanzas y entusiasmo –siempre entusiastas, hasta en sus pequeñas decepciones–, se conservan como en una cápsula del tiempo; como bajo un hechizo, o envueltos en un cuento, como nos dice el autor, Francis Spufford. Y esto, en una novela histórica –una de las denominadas novelas históricas posmodernas que brotan a nuestro alrededor– en la que, para empezar, todos sabemos de manera muy pertinente que no funcionó. Esta juventud, en la que el mundo era nuevo, y era una bendición, es la juventud de la Unión Soviética; pero no la de la década de los veinte, el mundo de las esperanzas revolucionarias, sino por el contrario la juventud de la década de los sesenta, la de Jruschov, toda una nueva generación de soviéticos que han dejado atrás a Stalin y la guerra, la privación y la policía secreta. Una generación, de hecho, que no ha conocido ninguna de esas cosas, cuyo emblema es el Sputnik y la educación, y cuya esperanza es la «abundancia roja», en un sentido claramente distinto del consumismo de posguerra estadounidense. Spufford ha hecho bien en llenar y enterrar primero su cápsula del tiempo, y después desenterrarla y abrirla para mostrárnosla. De los contenidos de la cápsula saca sus propias enseñanzas, aunque tal vez haya otras que no se le han ocurrido.

Pero qué novela más maravillosa y formalmente inusual: los docudramas televisivos con los que presumiblemente se corresponde genéricamente no son en realidad nada parecido a esto, y no sólo porque nos siguen animando a comparar a los actores con los originales. Y tampoco es esta exactamente una novela histórica, a pesar de que trate de un periodo histórico específico –la década soviética de los sesenta– e incluya personas reales entre sus personajes, así como personajes novelados, «situados aproximadamente donde se encontraban personas reales», como explica

* Francis Spufford, *Red Plenty*, Londres, Faber and Faber, 2010, 434 pp. [ed. cast.: *Abundancia roja. Sueño y utopía en la URSS*, trad. de Catalina Martínez Muñoz, Madrid, Turner, 2011].

Spufford en la «Nota sobre los Personajes» que sigue a la «Lista de Personajes» de sesenta páginas. Por qué no se trata de una novela simplemente histórica es, por lo tanto, una cuestión teórica importante, que trasciende a la cuestión meramente técnica y clasificatoria del género.

Puede precisarse, sin embargo, mediante otras cuestiones clasificatorias: ¿por qué no es una novela de no ficción, por ejemplo (en un sentido más significativo que el hecho de que esta categoría genérica ya no existe o realmente nunca llegó a alcanzar popularidad)?; ¿y qué decir de lo que podría denominarse el nuevo «periodismo narrativo», gruesos libros que se proponen contar el relato de una crisis determinada? Cito el comienzo de una, quizá la «más grande» y la mejor; ciertamente la más famosa: *Too Big to Fail*, escrita en 2009 por Andrew Sorkin:

El aire matutino era helador en Greenwich, Connecticut. A las 5:00 de la mañana del 17 de marzo de 2008 todavía estaba oscuro, salvo los faros del mercedes negro, encendido al ralenti en el camino de entrada, cuyos rayos iluminaban los charcos esparcidos por el césped de la finca de 4,5 hectáreas. El conductor oyó las piedras del camino crujir mientras Richard S. Fuld Jr. evitaba la puerta delantera y se sentaba en el asiento trasero del coche.

Todos los detalles de este párrafo podrían ser ciertos (y probablemente lo fueron) y eso no los haría menos ficticios. Barthes denominaba «novelístico» a este tipo de escritura, creo, sin por ello dar a entender que debía formar parte de una novela; sólo que transmite las señales que supuestamente debe dar una novela para situar a los lectores en el modo de lectura de novela.

Abundancia roja tampoco es así, a pesar de su frase inicial igualmente novelística: «Un tranvía se acercaba, con chirrido metálico, arrojando chispas de color blanco azulado hacia la oscuridad invernal». Incluye, por ejemplo, cincuenta y cuatro páginas de notas, muchas de ellas largas y amenas, en prosa explicativa; Sorkin tiene cuarenta páginas de referencias de una línea, más las «quinientas horas de entrevistas» en las que también se ha inspirado. Sin duda, otras novelas anteriores han incluido notas explicativas –como *Finnegans Wake* o *La broma infinita*– pero no como referencia; y tanto Spufford como Sorkin incluyen largas bibliografías. Así, ambos libros se basan en la investigación, pero ¿cuál es la diferencia (genérica) entre el periodismo y la historia? Después de todo, se supone que ninguno de los dos incluye personajes ficticios.

Spufford intenta aclarar todo esto, y la singularidad de su propio texto, formulándolo a modo de cuento. Diré más tarde lo que opino de este medio y por qué no está mal. Por el momento, pienso que no debemos retomar la singularidad de la forma, sino del contenido, y de la rareza del borrón y cuenta nueva, la nueva era, los nuevos comienzos. Esto no es exactamente «los sesenta», que es un concepto periodizador, no una fecha, y que ocurre en diferentes momentos en distintos países: la «movida» en

España empieza tras la muerte de Franco, o mejor aún, tras el fallido golpe de Estado; la de China empieza en la era de Deng, etc. Y tampoco es exactamente lo mismo que el «deshielo» y la perestroika, y mucho menos la Revolución Cultural; pero ciertamente es un acontecimiento generacional y un movimiento juvenil, que rompe con las actitudes (tanto morales como políticas) y con la autoridad de una generación más vieja y una clase gobernante; la expresión «antiburguesa» capta algo de esta revuelta, aunque nos estemos refiriendo a sociedades no burguesas.

Pero la década de los sesenta aquí tratada no es ese tipo de periodo (que probablemente comenzó al final de la era de Brezhnev). Por la sencilla razón de que los jóvenes todavía creen en el socialismo, al igual que los mayores; y también porque la situación objetiva en sí ha cambiado, no sólo por la desaparición de algo –Stalin y sus programas y métodos– sino por la emergencia de algo nuevo, que no son sólo las tecnologías de la incipiente era informática sino también la liberación de la vieja industria pesada para producir por primera vez bienes de consumo; este es el significado primero y, por así decir, literal del título. Podríamos, por consiguiente, llamar a esta nueva era «la posguerra», como ocurrió también en la reconstrucción soviética: el Servicio Nacional de Salud del Partido Laborista, el sistema de autopistas estadounidense, la reforma agraria de MacArthur en Japón, la descolonización en África. En ese caso, *Abundancia roja* puede considerarse no tanto un análisis de la reconstrucción en sí misma como de su ideología. En el caso soviético, sin embargo, la ideología de la reconstrucción, el rasgo distintivo del «nuevo comienzo» y el «borrón y cuenta nueva», no está encuadrada, como en Occidente, en la invención de algo nuevo y el llamamiento a una mentalidad completamente nueva, sino por el contrario en una continuación: la restauración de la revolución soviética original, comenzar de nuevo con los objetivos originales del comunismo soviético, tal como eran antes de la intervención exterior y la guerra contra Hitler. En cuanto a la Guerra Fría, el viaje de Jruschchov a Estados Unidos, cuya crónica se narra también aquí, es suficiente para tranquilizar a aquellos soviéticos alarmados por las invectivas de Truman (y después, nuevamente, las de Reagan tras el final de este libro).

Los personajes son principalmente científicos, jóvenes y viejos, reales e inventados; y el principal nuevo comienzo aquí escenificado es un comienzo científico, o para ser aún más precisos, informativo, gracias al uso de la tecnología informática. Pero se nos dan también suficientes ejemplos de la vida cotidiana como para entender que la excitación y los entusiasmos científicos de los estudiantes son representativos (alegóricos) de un sentimiento mucho más general. La visita al pabellón de Estados Unidos en el Parque Sokolniki en 1959, la vida de campesinos y estafadores, el parto natural, los cantantes melódicos, las fábricas y sus proveedores y contratos; con todo esto –aunque no parece seguir una lista exhaustiva de los temas que un sociólogo concienzudo podría querer abarcar en una imagen resumen de la vida cotidiana en una sociedad moderna o modernizadora; de hecho, ¿cómo sería esa lista?– sentimos de algún modo que la novela ha

cubierto suficientemente su tema, y que sus secciones no tecnológicas y no políticas no son meros ejemplos de algo, ni alivio de las partes historiográficas más serias –que pueden, como mostraré, tomarse como pasos de un argumento–, sino que acaban dando una imagen completa. (Esta es, sin duda, una triste capitulación por mi parte, en la medida en la que la explicación de cómo y por qué una obra de arte da la sensación de ser completa y parece presentarse como una totalidad es probablemente la primera y la más difícil tarea que debe afrontar un crítico.) Dicho de otro modo, la maestría de Spufford radica en su capacidad para hacernos olvidar, mientras leemos su novela, todo lo que deja fuera: las áreas también de la vida soviética en las que las personas no han renovado la esperanza, las realidades que no encajan en el cuento. Pero cubrir las necesarias exclusiones forma también parte del *métier* del escritor.

No es justo, sin embargo, mencionar las exclusiones sin comentar algunas de las inclusiones más sorprendentes, empezando por las notas explicativas, en las que encontramos información sobre los mercadillos al aire libre, la producción de viscosa, los coches soviéticos, la psicología de los intermediarios, los tipos de pisos para funcionarios amueblados de acuerdo con el rango, la música popular y mucho más. A buen seguro, toda esta información se basa en las fuentes (probablemente no primarias), pero lo importante no es sólo que funcione como el color local en las anticuadas novelas históricas exóticas o costumbristas, sino también que la novela como forma compite en la actualidad con géneros populares de divulgación, como los textos económicos y sociológicos, la biografía popular, etc. Estos géneros apenas existían en el siglo XIX, cuando novelistas como Balzac servían de expertos y libros de referencia sobre los diversos estratos sociales y sus costumbres. De hecho, los naturalistas entendían su vocación como suministro exactamente de esa información: los cuadernos de notas y el trabajo de campo atestiguan que Zola se tomaba muy en serio la responsabilidad de informar sobre la estructura de las minas, por ejemplo, o el funcionamiento del mercado bursátil; algo que ocasionalmente vuelve hoy en los superventas –es un término genérico– sobre aeropuertos (Arthur Hailey) o arquitectura (Ayn Rand), donde sin embargo este conocimiento tiene también una función novelística o ideológica secundaria. Pero eso es precisamente lo importante en las descripciones de los naturalistas: no podían, en el marco de la novela o de la literatura en general, consistir en la comunicación de información técnica por sí sola. Todo el material objetivo debía estar dotado también de función simbólica o metafórica; así, la mina de Zola *devora* a los seres humanos.

Sólo tras el hundimiento de los sistemas estéticos de lo moderno pueden obras posmodernas como esta incluir descaradamente información de este tipo y servir brevemente como libros de texto. No tengo claro si es resultado de la estetización de la información en una sociedad informativa o de la informacionalización de la estética en una sociedad espectacular o saturada de imágenes, aunque sí debo subrayar la importancia ideológica de la respuesta escogida; y señalar la disponibilidad de otra solución, que

es la de desdiferenciar los campos especializados en lo posmoderno. Este es un tipo de respuesta al problema de la información histórica propiamente dicha en *Abundancia roja*, y es una especie de vuelta a la defensa brechtiana de la didáctica: aprender datos y destrezas es un placer en sí mismo, al que la obra de arte nunca debe renunciar.

Aun así, se supone que este es un cuento y en su centro está establecida una utopía real (o «paraíso», si seguimos la etimología persa de jardín amurallado o vallado). Esta es la Akademgorodok, fundada por Jrushchov en 1958, y que reúne a todo tipo de científicos y académicos, incluidos estudiantes universitarios e incluso algunos artistas, músicos y similares:

La senda que seguía llevaba a un grupo de árboles más densos, y la introdujo, sólo cien metros más allá, en el silencio del bosque. De repente el suelo bajo sus pies estaba alfombrado de agujas de pino; de repente, el mundo estaba techado con una moteada cubierta de hojas y cielo por la que el sol poniente se filtraba sólo como un foco de mayor luminosidad. También los sonidos llegaban filtrados. De vez en cuando, seguía oyendo el chirrido de las máquinas de construcción, pero se había convertido en algo tan diminuto y carente de importancia como el zumbido ocasional de una abeja desplazándose entre los troncos de los árboles. La madera era una mezcla de pino y abedul plateado.

El amor por la naturaleza también se incluye en las características nacionales, y todo este asentamiento es una *dacha* colectiva en el yermo siberiano industrializado, una *dacha* para los intelectuales y los recolectores de setas rusos; y bien podríamos recordar la sorpresa fascinada de los europeos al entrar por vez primera en los recintos universitarios estadounidenses. Algo de eso, e incluso algo de los novatos estadounidenses al llegar a la universidad por vez primera en su vida protegida por la familia, se capta aquí en el desembarque de Zoya Vaynshteyn (análoga ficticia de la genetista Raissa Berg) en esta universidad socialista, que, como la otra, combina el entusiasmo por el aprendizaje y el descubrimiento con las toxinas de la vida académica.

Este es, por consiguiente, el momento para admitir que *Abundancia roja* trata esencialmente de los intelectuales, por muy lejos que parezca lanzar su red. De hecho, la «totalidad» de la vida soviética que representa es una totalidad observada desde el punto de vista de los intelectuales: incluso la crisis política que afrontará será una especie de crisis académica; y esto es sin duda lo que hará atractiva la novela para cierto tipo de lector. No es una novela histórica sobre «el Deshielo»: en su mayoría, estas personas ni siquiera han conocido a Stalin, de igual modo que los estudiantes de hoy no conocen las leyes de Jim Crow o la caza de brujas anticomunista. No es una novela sobre la «esperanza» en el sentido en el que los grandes periodos revolucionarios la viven y determinan una verdadera lucha colectiva, como en la China de la década de los cincuenta o la España de la Guerra Civil. No, es por el contrario una novela sobre la actividad, sobre la oportunidad no sólo de hacer cosas, sino de hacer cosas nuevas, en disciplinas

que nunca antes habían existido. Nadie aquí permanece pasivo, sufriendo una especie de forzosa parálisis objetiva o el asalto de terribles oleadas de subjetividad: ni desempleo ni depresión. Hasta el primer pensamiento de Jrushchov, cuando lo deponen, es: «Ahora nadie me necesita [...] ¿Qué voy a hacer sin trabajo? ¿Cómo voy a vivir?». La derrota aquí no significa angustia existencial, sino la melancolía de los desempleados, y es una lástima que no haya más escritores occidentales que entiendan que lo que están tentados de tachar de avaricia, el ansia de poder y la ambición, también tiene como fuerza motriz secreta el deleite en la actividad.

Pero como atestigua la caída de Jrushchov, este periodo enérgico –y la propia *Abundancia roja*– debe llegar a su fin en algo que sería demasiado apresurado llamar desilusión. (Es significativo, en retrospectiva, que los años de Brezhnev fuesen universalmente caracterizados como el «periodo del estancamiento».) Se han planteado muchas teorías para explicar el hundimiento de la Unión Soviética, incluida la incapacidad para aplicar la tecnología informática, a la que volveré enseguida. Pero muchos coinciden en que el momento de Jrushchov fue el último en el que fue posible un verdadero renacimiento del socialismo en la Unión Soviética. Spufford tiene su propia teoría, y esta novela es en ese sentido una novela de tesis, que tiene un argumento que plantear. La propia «desilusión» (genuina) del autor, distinta de la de sus personajes, puede detectarse en la afirmación hecha en una nota a pie de página sobre la dolorosa experiencia de Galina con el «parto natural» (el método Lamaze fue originario por supuesto de la Unión Soviética): «Otra parte del mutilado idealismo soviético, otra idea verdaderamente prometedora arruinada por la combinación mágica de compulsión y negligencia».

La palabra «mágica» subraya, no obstante, imperceptiblemente algo único en esta situación, algo parecido a la mezcla de naves espaciales y Baba Yaga por parte de los hermanos Strugatsky, a la que se alude en las notas explicativas. Es hora, por lo tanto, de volver a esta cuestión caprichosa, aparentemente genérica, de los cuentos, y en particular de los cuentos rusos, y su importancia para lo que sin duda es una novela histórica erudita y muy seriamente investigada. La tesis de Spufford está relacionada con la antigua cuestión izquierdista del mercado (y el socialismo de mercado), un tema en apariencia extinguido por el triunfo de la ideología del «libre mercado», a pesar de la evidencia contradictoria de que, en nuestra situación, el libre mercado no significa competencia, sino por el contrario monopolio, y a escala mundial; o quizá capitalismo feudal, como pensaban Veblen y Horkheimer. Pero las teorías del dinero ficticio, la completa abolición de los mercados, la eliminación de la forma mercantil, etc., son embriagadores sueños que, junto con sus consecuencias a menudo desastrosas, parecen ahora cosas del pasado. La sociedad de consumo no es un entorno propicio para soñar con la abolición del dinero, por fácil que pueda ser soñar con la abolición de los mercados financieros, algo que no viene al caso aquí.

Pero el protagonista de la novela –su figura histórica mundial, vista principalmente desde la distancia por los protagonistas más «promedio» del libro, como diría Lukács– es un economista matemático de la vida real, Leonid Vitalevich Kantorovich, cuyos revolucionarios descubrimientos a finales de la década de los treinta, en su aislamiento, reflejan y anticipan el entusiasmo intelectual de esta generación de comienzos de la década de los sesenta. Excepcionalmente, en los días más oscuros del estalinismo, su alejamiento de toda forma de consideración política y el carácter especializado de su especialidad hicieron que Leonid Vitalevich prosperase, que sus teorías se pusieran en práctica y, lejos de sufrir el destino a estas alturas estereotípico de todos los innovadores soviéticos (o de todos los innovadores judíos soviéticos de posguerra), alcanzó las cumbres de la gloria académica soviética y también obtuvo el único premio Nobel de economía ganado por la Unión Soviética.

Su análisis matemático de la producción –parece una especie de taylorización de los procesos de producción industrial, opuesto al propio análisis de Taylor sobre la explotación industrial del trabajo humano– desemboca por lo tanto en la exploración de la cibernética y la tecnología de la información por parte de la generación de los sesenta, en Akademgorodok y otras partes. La idea de que las computadoras pueden resolver los dilemas de una sociedad planificada, y que el sistema de información computarizado puede servir de base material para un socialismo futuro, no es nueva: la encontramos en las utopías de Ursula K. Le Guin, *Los desposeídos* y *El eterno regreso a casa*, así como en todo tipo de proyectos teóricos. Pero la sensibilidad misma del tema se refleja también negativamente en el hecho de que no hay grandes textos utópicos tras la introducción generalizada de los ordenadores (la última fue *Ecotopía*, publicada en 1975 por Ernest Callenbach, y en ella los ordenadores no están todavía en servicio). Por el contrario, tenemos los delirios libremercaderistas del *cyberpunk*, que supone que el capitalismo es en sí una utopía de la diferencia y la variedad. Pienso que esta falta de imaginación de la izquierda puede atribuirse a la suposición de que los ordenadores bastan para «encargarse» de la totalización: que las complejidades casi infinitas de la producción a escala planetaria, que la mente apenas logra abarcar, son misteriosamente –Spufford podría decir mágicamente– resolubles dentro de la caja negra del ordenador, y que por consiguiente ya no hace falta tratarlas conceptual o figurativamente.

Sin duda, los economistas soviéticos evitan cuidadosamente el término «economía de mercado», probablemente porque, en general, se piensa que es el primer paso de retorno al capitalismo (Spufford señala que algunos se manifiestan enérgicamente contra dicha presuposición y otros utilizan un lenguaje que vela prudentemente sus opiniones fundamentales sobre la materia). Pero quizá el tema pueda dirimirse distinguiendo las perspectivas de la producción y el consumo. Desde el punto de vista de este último, el de la sociedad de consumo, todos quieren lo mismo –el producto homologado, etiquetado por cualquier marca que uno prefiera– y es cues-

ción de poner en común esos deseos y después asegurarse de que hay suficientes artículos circulando, en los lugares adecuados (cómo interviene la publicidad en el inconsciente de los consumidores es otro factor, que presumiblemente puede medirse). Para los economistas soviéticos es cuestión de informatizar los costes de la producción y las fuentes de sus diversos ingredientes: la suma no es cuestión aquí sólo de las redes de materias primas, sino también del modo en el que cada fuente se convierte en un nuevo centro cuya reestructuración, mediante la emanación de dichos ingredientes básicos, debe a su vez ser reformatizada. Notoriamente, los gerentes defienden sus propios centros de producción contra cualquier intento de integrarlos en un sistema más amplio, que por supuesto es lo que los informáticos quieren hacer.

En todo caso, es cuestión de devolver la política a la primacía de lo económico y volver a incluir los costes reales en los planes, que sólo ahora empiezan a mostrar su precisión matemática. Los intelectuales estarán predicablemente jubilados cuando sus superiores, y, por consiguiente, el Estado en sí, adopten dichas ideas; para ellos, este es el clímax de una nueva era, el momento en el que «el socialismo real» (una expresión posterior) está a punto de ascender al nivel de su propio concepto, como diría Hegel. Pero cuando los costes se reflejan adecuadamente en sus fórmulas matemáticas también se hace subir los precios: los precios son de hecho el coste del concepto, y los resultados son revueltas del hambre y la única masacre (relativamente involuntaria) de la era Jrushchov, la represión poco conocida de Novochoerkassk, el 3 de junio de 1962. Como en las ironías de la falta de reconocimiento en la novela victoriana, evidentemente nuestros protagonistas no saben nada de este suceso cuidadosamente censurado, y se quedan atónitos al descubrir, en las tan proclamadas reformas de Kosygin en 1965, que, salvo lo esencial, todo se corresponde con las recomendaciones y los cálculos hechos por ellos. De igual modo, el propio Gran Innovador se queda atónito cuando lo envían discretamente al retiro en una limusina de clase B. ¡A partir de ahí, todo es cuesta abajo!

Este cuento es en realidad, por lo tanto, el desarrollo de un género muy diferente, que los historiadores conocen como historia virtual, cuyo simple ejercicio está relacionado con la transformación de una batalla crucial en la guerra, o la inesperada muerte de un líder. Así, Arnold Toynbee conjeturaba que si Alejandro Magno no hubiese muerto a los cristológicos 33 años, habría surgido un imperio mundial de paz duradera. También Philip K. Dick nos permite vislumbrar un mundo en el que alemanes y japoneses ganasen la Segunda Guerra Mundial; mientras que Niall Ferguson esboza las bendiciones (nada de revolución soviética) que la humanidad habría disfrutado si Alemania hubiese ganado la Primera Guerra Mundial. La historia virtual de cuento planteada por Spufford no se propone representar el universo alternativo del autor con conjeturas propias de la ciencia ficción, sino que ciertamente el objetivo de su maravillosa novela es el de flexibilizar la facultad mental, desde hace tiempo adormecida, de preguntarse «¿Y si...?» y recuperar la frescura de una época en la que todavía, durante un

largo momento, todo era posible. En cuanto al futuro de este pasado que apenas existió, vale la pena concluir con las sombrías reflexiones del autor, típicamente consignadas a una nota explicativa:

Visto todo, uno de los grandes misterios del siglo xx debería ser la cuestión de por qué los reformadores soviéticos de la década de los ochenta no se plantearon siquiera el seguir la pragmática vía china, y dismantelar la estructura económica del socialismo manteniendo intacto su marco político. Por el contrario, el gobierno soviético dismanteló la estructura política leninista y al mismo tiempo intentó con creciente desesperación hacer que funcionase la economía planificada. Pero el misterio se resuelve con facilidad si se plantea que Gorbachov y los intelectuales que lo rodeaban, todos niños en la década de los treinta y adultos jóvenes durante el mandato de Jrushchov, podían ser, por extraño que parezca, verdaderamente socialistas, y conservar un leal atisbo de creencia durante los «años de estancamiento» de Brezhnev, y aprovecharon la oportunidad de volver, con dos décadas de retraso, a su proyecto generacional de hacer un socialismo próspero, humano e inteligente. Con resultados desastrosos. Este libro es en su totalidad, de hecho, una prehistoria de la prerestroika.

Abundancia roja cae por lo tanto en las ideas convencionales: ¿por qué el partido no «dismanteló sin más la estructura económica del socialismo estatal» como los chinos? Spufford interpreta su propio cuento, y los originales de este, como expectativas caídas en la dura tierra de la realidad y sucumbidas al sentido común campesino de la sabiduría tradicional. Pero ¿es realmente el mercado una realidad de sentido común, excepto en los cuentos? Lo que Spufford nos da aquí es una utopía irrealizada; no necesariamente una utopía irrealizable.